

La Juventud Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XII. DIRECTOR PROPIETARIO: Ramón Blanco Rojo. PRECIOS DE SUSCRIPCION: En Murcia y Lorea, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre. Número suelto 10 cts. Redacción: Victoria 53. COLABORADORES: Todos los suscritores. NÚM. 531.

La Vitícola Catalana

La más antigua y acreditada casa. Propietario director don Francisco Casellas, de Barcelona, Acequia, 9, vende barbados de autenticidad garantida á los siguientes precios:
Rupestris Lot, Guiraud, Madeira roja y Aramon X Rupestris Ganzin, n.º 1, á 40 ptas. mil.
Riparia Gloria, Solonis Gigante, á 30 ptas. mil.
Rip. X Rup. núms 101-44, 3 306, 3.309, y Mourvedre X Rup. número 1 202 á 60 ptas. mil.
Ingertos á 180 ptas. mil.
Pidanse catálogos ilustrados de 1899 á 1900.

A LOS SORDOS

Una señora rica, que ha sido curada de su sordera y de zumbidos de oídos por los timpanos artificiales del Instituto Otopático del Doctor Nicholson, ha remitido á este Instituto la suma de 25.000 francos, á fin de que todas las personas sordas que carezcan de recursos para procurarse dichos timpanos, pueden obtenerlos gratuitamente.

Dirigirse al Instituto, NICHOLSON, «LONGCOTT», GUNNERSBURY, LONDRES, W. INGLATERRA.

Recibos de alquiler

Se venden á dos pesetas el ciento en la imprenta de este periódico.

NOVEDADES MUSICALES

En edicion de gran lujo, se han puesto á la venta en el acreditado establecimiento de música de D. Adolfo Gascon, calle de San Cristóbal, núm. 4, las obras siguientes:

- «Flor de nácar».—Mazurka.
- «Heliotropo».—Vals.
- «Ilusion».—Mazurka.
- «Las sirenas».—Habanera.
- «A orillas del mar».—Tanda de valeses.
- Y para canto y piano, «Ave Maria», «Bendita sen tu pureza», y «Sensitiva». Melodía de salon laureada con primer premio.

MURCIA 1.º DE JULIO DE 1900.

La Juventud Literaria

Á UNA POETISA

De sus aficiones raras tengo, amiga, que dolerme, aun cuando sea meterme en camisa de once varas.

No escriba usted mamarrachos; se lo pido por merced. ¡Ya que es hembra no haga usted la competencia á los machos!

Hasta en las aves, señora, solo el sexo fuerte impera. ¡No la dé usted de jilguera ni menos de ruiseñora!

Yo la ruego que prescindiera del sacro ardor que la inflama: ¿Si usted Lucía se llama por qué se firma Lucinda?

Si son sus ojos ardientes luceros de rayos rojos, ¿por qué enturbia usted sus ojos con el cristal de los lentes?

¿Por qué en gastar lentes dió, cuando usted corta será de entendimiento, quizá, mas lo que es de vista, no?

Señora, venga usted aquí, y óigame, señora mía: ¿Qué le ha hecho la poesia para que la trate así?

¡No escriba usted, por favor! ¡Deje la pluma cruel, y gaste usted el papel en cualquier cosa mejor!

Sus versitos son atroces. Si distraerse imagina, pásese por la cocina que la está llamando á voces.

Persiga usted otros fines. Dedíquese á sus funciones y échelo nuevos talones á los pobres calcetines.

Se esposo no tiene alcances para comprenderla á usted y lo que mas siente es que le vaya usted con romances.

Su marido está afligido, y al suplicarla un descanso hablo por boca del ganso... es decir, de su marido.

Deje usted desde este dia su poético deseo, ¡que ese es un vicio muy feo, señora doña Lucía!...

Deje usted, amiga hermosa, esos ripios imprudentes. Hoy, las personas decentes no escriben ya más que en prosa.

La poética afición hoy nadie la mira bien. ¿Quién escribe en verso, quien?... ¡Algún poeta ramplón!

Algún necio ó algun pillo que la prosa no concibe y que cuartetas escribe por ganarse un panecillo.

Si hace el oso, amiga mía, quien pulsa la lira ociosa, usted está haciendo la osa, señora doña Lucía.

Déjese usted de escribir, y si á cantar se dedica, cante lo de «Pobre chica la que tiene que servir.»

Mire más por su interés; no pase tanta vigilia y escribale... á la familia cartitas de mes á mes.

Que atienda mi petición de su dignidad imploro. ¡Tire usted el laud sonoro!... ¡No toque mas el violón!

JOSE JACKSON VEYAN.



LOS INÚTILES

Cierto dia, cuya fecha no hace al caso, tuvo que detenerse durante quince minutos, esperando á que desfilase un lujoso cortejo fúnebre, el tranvia en que me encaminaba yo á mi diario trabajo.

¡Vaya un entierro! Cuantos viajeros íbamos en la

jardínera lo contemplábamos con tanta boca abierta.

—Le dan á uno ganas de morir—exclamó una chula.

—Lo menos van sesenta coches—apuntó un calculista.

—¡Al asno muerto!... exclamó un escéptico de los barrios bajos...

El carro mortuario era de ébano, primorosamente labrado; sobre el lujoso féretro y colgadas de las esbeltas columnas de la carroza, coronas enormes ostentaban sus flores delicadas, y lucían sus anchas cintas donde brillaban en letras de oro sentidas dedicatorias. Tiraban del fúnebre carruaje ocho caballos negros como la mora, con grandes gualdrapas y penachos, de rizadas plumas, que al cadencioso cabecear de los bridones, se mecían con grave solemnidad. Ocho palafreneros ó lacayuelos de la muerte con casaca y calzon negros, zapato bajo, gran pelmón y sombrero de tres candiles, caminaban á uno y otro lado de las soberbia bestias, meneando graciosamente con la derecha mano sendas varitas. En el pescante del coche, sentado en anchos cojines de terciopelo negro con franjas y berlones de oro, un cochero ataviado por el mismo estilo que los lacayuelos, aunque con mayor lujo, empuñaba majestuosamente las riendas de los ocho caballos.

Lo que iba detrás no desdecía de la bebezada del cortejo: coches blasonados, carruajes de diferentes círculos y larga fila de simonnes, todo lo cual bien claramente significaba, que el difunto había tenido buen número de amigos en todas las clases de la sociedad.

—¿Quién es el muerto?—pre-

